

En el Salón de las Columnas del Palacio Real madrileño, varios militares velan el caráver del Caudillo. Al pie del féretro, sable y condecoraciones.

BORBON Y CUENTA NUEVA

El flamante monarca Juan Carlos I, heredero del legendario trono de los Borbones, ratificó al tomar posesión del mando que se propone terminar con privilegios, reconocer la autonomía de las regiones y consultar al pueblo. Un programa cauteloso, que pone distancia entre el rey y la tradición franquista, y cuyas implicancias analiza el corresponsal de Siete Días en Madrid, Armando Punte

Sólo puede compararse al entierro del teniente general Perón: las mismas interminables filas, de cuarenta o cincuenta cuerdas de largo, formadas por gentes silenciosas y acongojadas. Pero el marco y la composición humana eran distintos. Aquí las cuatro filas que concluían en el Salón de las Columnas del Palacio Real, serpenteaban por las estrechas callejas madrileñas, que manifestaban su duelo adornando los balcones con banderas y tapices con negros crespones.

Pero sobre todo eran distintos sus integrantes: hombres y mujeres de la clase media, de esa burguesía que nació y se desarrolló en la España de Franco; aquellos hombres iban a ofrendar el último adiós agradecido a quien les dió un apartamento en alguno de esos ma-

cizos barrios de ladrillos y escasos árboles que rodean hoy a las ciudades españolas; quien les hizo posible el primer automóvil, la educación universitaria de los hijos, la seguridad social y las vacaciones.

Había también campesinos, llegados de todas las provincias, mareados en un Madrid distinto del que conocieron cuando entraron por vez primera, hace 36 años, con las tropas victoriosas de Franco. Eran los viejos combatientes, llegados para saludar por última vez a su capitán. Había monjas que, desafiando las reglas de su orden, pasaban la noche en vela, en la calle; ancianos sacerdotes con sotanas preconciliares, que iban a bendecir el féretro del Caudillo de la Cruzada anticomunista. Había también jóvenes de pe-



Juan Carlos de Borbón presta juramento como rey de España ante el presidente de las Cortes. Derecha, la princesa Sofía y el príncipe Felipe.

lo corto, rostro severo y mirada desconfiada hacia los corresponsales y enviados especiales extranjeros eran los militantes de Fuerza Nueva, los Guerrilleros de Cristo Rey, los Integran-tes de los Grupos de Ac-ción Sindicalista, las tres or-ganizaciones de ultradere-cha que han comenzado ya a aplicar la justicia por su cuenta a los estudiantes de la FUDE, los trabajadores de las Comisiones Obreras, los abogados defensores de presos políticos y los sos-pechosos de pertenecer a grupos terroristas o separa-tistas.

Las largas filas comenza-ron en la madrugada del viernes 21. Más o menos veinticuatro horas antes ha-bía muerto Franco tras una larga agonía que duró 37 días. La hora exacta del fa-licimiento será difícil pre-

cisar para los historiadores: la primera noticia se dio a las cuatro y veinte de la madrugada. Así lo anuncia-ban ya las urgentes edicio-nes de los diarios, en la misma puerta de la Clínica de La Paz, donde había muerto, cuando fue comuni-cada a los periodistas por el ministro de Información.

A lo largo de aquel jue-ves 20 las sucesivas edicio-nes especiales de los dia-rios, que se agotaban in-mediatamente, daban horas distintas: 4,20; 4,40; 4,45. El acta notarial, firmada por el ministro de Justicia y los médicos dice sin embargo que murió a las cinco y treinta y cinco.

Las contradicciones evi-dentes dieron lugar a un rumor que circuló por todo Madrid: Franco habría muer-to la víspera, el fatídico 19 de noviembre de 1975, tal

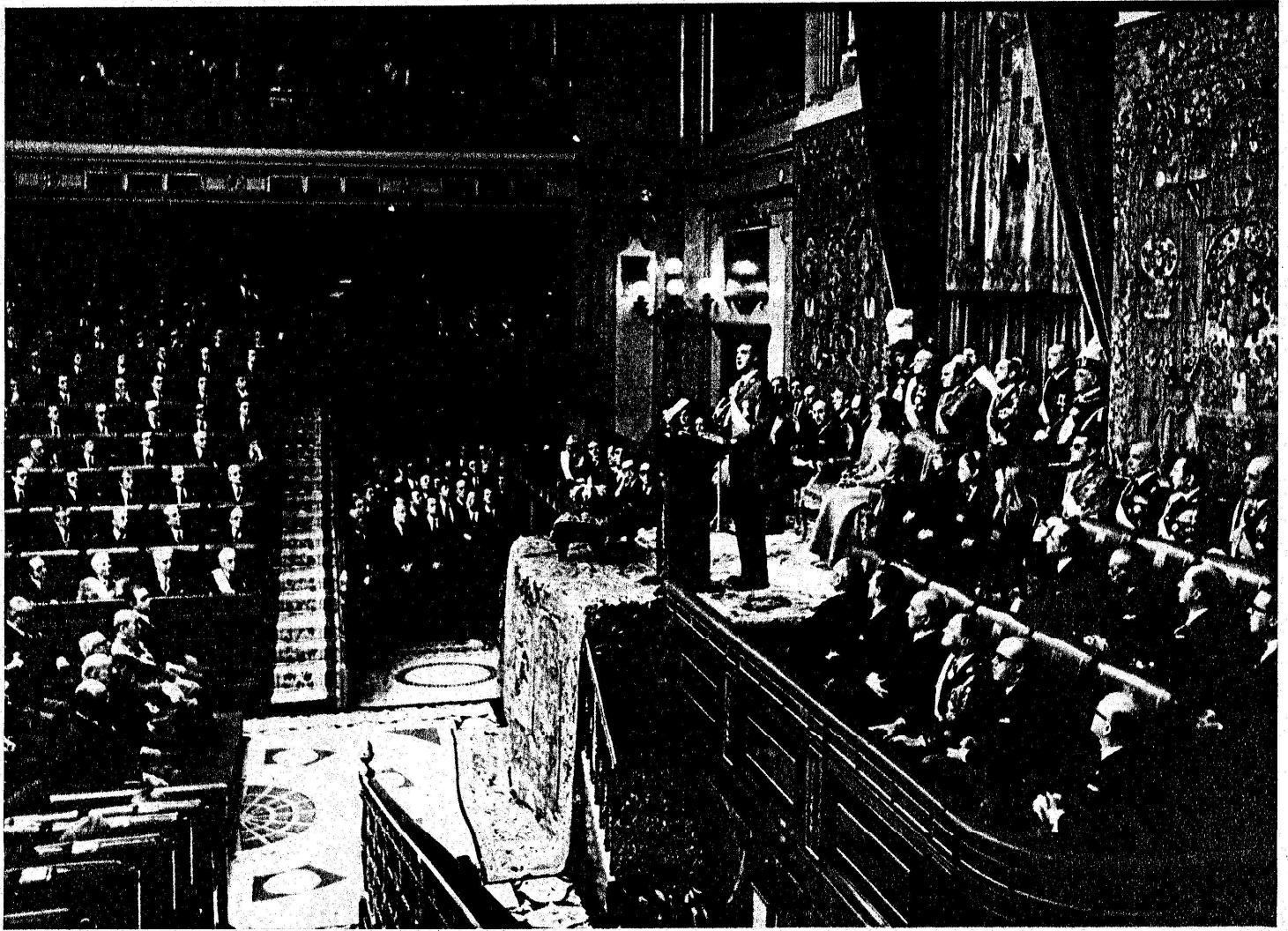
como había predicho algún agorero por ser la suma re-sultante del día del comien-zo de la guerra civil (18-7-36) y del fin de la misma (1-4-39). Pero el círculo ín-timo que lo asistió hasta el final coincidió en que murió en la madrugada del 20, el mismo día y a la misma hora en que fue fusilado Jo-sé Antonio Primo de Rivera. De este modo quedarían enlazados definitivamente para la historia el primero y segundo jefes nacionales de la Falange.

La realidad parece menos compleja: se habría retra-sado una o dos horas el anuncio oficial de la muerte a fin de que los médicos pudieran realizar con calma el embalsamamiento.

Mientras los españoles se enteraban de que por fin se había producido lo que se sabía inevitable desde

muchos días atrás, el cuer-po de Franco fue trasladado al Palacio del Pardo, su residencia durante tantos años, para que lo velara su familia. Precisamente allí había fallecido hace un si-glo el rey Alfonso XIII, el último jefe de Estado espa-ñol fallecido en su patria. Los que desde entonces le sucedieron —reyes, dictado-res y presidentes de la Re-pública— en el exilio, como trágico signo de un país di-vidido por guerras civiles.

Entre tanto el mecanismo constitucional se había puesto en marcha: el Con-sejo de Regencia, integrado por un triunvirato en repre-sentación del pueblo, las Fuerzas Armadas y la Igle-sia, había convocado a las Cortes legislativas, que de-bían tomar juramento al su-cesor designado por Franco con el título de rey, el prin-



El sábado 22 de noviembre el nuevo monarca español, Juan Carlos I, pronunció su discurso ante las Cortes. Llamó al país a la concordia.

cipe Juan Carlos de Borbón.

La vida española fue paralizándose. Primero cerraron las escuelas y las salas de espectáculos, luego las oficinas públicas, por fin los comercios y empresas privadas. Y el pueblo comenzó a congregarse en orden en torno al Palacio Real, donde había sido llevado el féretro para que recibiera el último homenaje en el mismo lugar donde tantas veces había encontrado el apoyo popular. Muchos enviados especiales extranjeros, para quienes España quedó detenida en la Guerra Civil, imaginaban que la muerte de Franco daría lugar a una explosión popular, porque significaría la libertad tras la oscura dictadura. Ignoraban que en los últimos 30 años ha nacido una clase media que no desea aventuras; que aspira, sí, a la democracia, pero alcanzada paso a paso, del mismo modo que

ellos han logrado su bienestar con tantos esfuerzos.

FIN DEL FRANQUISMO. El sábado 22, a las doce y media, se escucharon en el Palacio de las Cortes los primeros "Viva el rey", después de 45 años. Juan Carlos de Borbón y Battenberg, nieto de Alfonso XIII, acababa de jurar sobre los Evangelios fidelidad a las Leyes Fundamentales y los Principios del Movimiento. "Si así los hacéis, que Dios os lo premie y si no que os lo demande", le dijo el presidente de las Cortes, quien le tomó juramento.

La escena parecía sacada de alguno de los cuadros del siglo pasado: el nuevo rey vestía uniforme de capitán general y lucía el collar del Tolson de Oro. Tenía a su derecha a la reina, que llevaba un largo traje rosa fucsia y a su izquierda a los infantes, el rubio príncipe heredero Fe-

lipe —de 7 años— y las princesas Elena y Cristina. Ante él, la dorada corona y el cetro de los monarcas españoles. Enfrente, los legisladores de jaquet, un atuendo impuesto por el protocolo para eliminar las camisas de la Falange y los uniformes del Movimiento, copia de los fascistas italianos.

Juan Carlos I empezó a hablar con una voz que temblaba por la emoción, pero pronto adoptó firmeza. En su primer mensaje a la Nación invitó a la concordia: no hubo ni una sola alusión a la Guerra Civil, una calamidad que Franco, el vencedor, todavía recordaba en su testamento. El joven monarca quiere llegar como pacificador. Tampoco hubo una sola referencia al Movimiento Nacional, la versión española del partido único, sino un deseo manifiesto de consultar al pueblo. "Mi legitimidad, —se-

ñaló— radica en la tradición histórica, en las leyes constitucionales y en el mandato legítimo de los españoles".

Así logró cortar, con breves frases, el cordón que lo unía a Franco y ponía fin a la tesis de quienes lo consideraban como un simple sucesor atado por mil compromisos. Era un lenguaje nuevo el que escuchaba una generación de españoles, la media España que tiene menos de 40 años. El pueblo apenas entendía lo que se le decía: que no habría más ventajas o privilegios y que se reconocía la personalidad de las regiones, de Cataluña, de Galicia, del País Vasco.

Los 500 legisladores, algunos de los cuales ocupan los escaños desde hace 30 años y otros han recibido el cargo por libre designación de Franco y a título vitalicio, se sentían incómodos. Sólo cuatro veces in-



Después de que un bando del alcalde de Madrid (abajo) anunció a la antigua usanza la muerte de Franco, la multitud formó largas colas, a veces durante doce horas, para despedir al Generalísimo. A menudo los falangistas saludaban al cadáver de su jefe con el brazo en alto.



terrumplieron al nuevo rey con sus aplausos: la primera cuando recordó sobriamente a Franco, la última cuando reclamó la tierra irredenta del Peñón de Gibraltar. No hubo aplausos en cambio cuando aludió a las libertades, a la justicia, a la autonomía regional. Por eso expresaron su simpatía dedicando los más largos y calurosos aplausos, no al rey, sino a la hija y los nietos de Franco, que asistían a la ceremonia. Afuera, entre los miles de madrileños reunidos, el grupo de jóvenes de ultraderecha que siguió el discurso por la radio también comprendió el significado. Y por eso, cuando tras la marcha del nuevo rey salió el general Augusto Pinochet, gritaron: "El Ejército al poder".

Al día siguiente, el domingo 23, en el Valle de los Caídos, después de que el cuerpo de Franco recibiera definitiva sepultura en el

altar mayor, bajo una losa de granito de 1.500 kilos los vivos a Pinochet y al ejército se repitieron. Treinta mil falangistas con sus banderas y uniformes expresaban sus temores y reservas hacia el futuro.

El féretro de Franco había entrado en el faraónico monumento fúnebre que guarda los restos de 48 mil combatientes, mientras los falangistas lo despedían entonando el *Cars al sol*. Como desde los altoparlantes se intentara acallarlos, enronquecieron entonces con el himno de la Legión y la canción alemana *Yo tenía un camarada*, que acompañara a los voluntarios españoles en la campaña de Rusia, durante la Segunda Guerra Mundial. Erguidos, desafiantes, sabían sin embargo que con su caudillo había muerto una época. Que, desde aquel instante, España sería distinta. ■